



y que una vez decidida a, una vez zanjado el tema del camión y de la agencia aunque no el de mi propio microondas, no fregar por lo pronto los cacharros — y por lo tarde darme un baño que me relajara y poder dormir a pierna suelta — me sentaría en el suelo, tranquilamente, fumando cigarrillos sin hacer reclamaciones ni preguntas y dejando correr un tiempo que me esperaría, allí, bien calentito porque dónde iba a ir cuando, después de tomar la decisión, que recuerdo perfectamente que me la tomé con el último sorbito de café al abrir el grifo de la bañera, yo misma y con mis propias manos había puesto el tapón del fregadero.

También sé que he dicho que no iba a asegurar que lo hubiese dicho con estas mismas palabras, pero sí que lo había dicho.

Y que tampoco iba a asegurar que fueran, aquella misma tarde y aquel mismo lugar, el sitio y el momento en que me aprestaría con ánimo resuelto — creo recordar que me sentía somnolienta y que los canelones me estaban dando sed — a inspeccionar el contenido de la caja.

He afirmado sin embargo, porque eso sí que lo he afirmado y no voy a desdecirme, que vaciarla por completo sí que la vacié porque — lo recuerdo con toda claridad — sonó el teléfono y, cuando convencida de que la llamada era para informarme de que se habían dado cuenta del error lo atendí sabiendo lo que iba a escuchar, resultó que quien me llamaba era una señorita informándome de que me había tocado un viaje con todos los gastos pagados a las islas Caimán.

Sucedió entonces, que eso a lo mejor no lo he dicho, que como la señorita estaba tan contenta por estar dándome una noticia tan buena me dio apuro defraudarla respondiendo que no me interesaba en absoluto, y que lo que de verdad me habría hecho ilusión hubiera sido saber que iba a tener

con qué calentar mis... En fin, lo diré una vez más y espero que sea la última: canelones. Ya está dicho, “calentar de una vez y por todas mis malditos canelones”.

Pero fuese porque no quisiera volver a hablar de ellos, o de la lasaña, o fuera porque me diese el más arriba mencionado apuro el defraudarla, el caso es que no lo dije y, ella, que debió de percibir la enorme decepción que se desprendía de mi silencio y temerosa tal vez de que si le iba a su jefe con el recado de que la agraciada había rechazado el premio le echase una bronca por tener que presentarse de nuevo ante notario para repetir el sorteo, cometió el error de aburrirme durante un buen rato con un extenso y pormenorizado panegírico de cuan deliciosas eran las islas en cuestión y hasta el extremo en que, desesperada, me enfrenté con resolución a mi apuro y [me animé a sincerarme](#) y confesar que puedo a veces intentar ser amable y soportar discursos que no me interesan en absoluto, pero que espero de quien me los esté largando la amabilidad directamente proporcional de ser breve...

– Oh, perdón — me atajó con vehemencia en este punto.

Y, cuando pensando ya yo que iba a disculparse por ser tan pelma discurría qué decir por quitar hierro a mi sinceridad excesiva y suavizar, me soltó que yo incurría en contradicción porque ni un discurso ni un sermón pueden ser “por su propia esencia — me dijo —, entiéndalo” breves.

Pero, como no era para esa salida suya para la que estaba yo discurriendo mi réplica, al encontrarme tan de improviso sin respuesta dije que lo sentía pero que estab...

– No se trata de sentirlo — me volvió a atajar en este nuevo punto —; se trata de pensar antes de hablar porque la palabra pronunciada es como el agua, que ya no puede recogerse, ¿no lo comprende?

De manera que, persuadida de que con aquella señorita no había manera de entenderse, renuncié a mis buenos propósitos de zanjar el tema alegando que lo sentía pero que estaban llamando a la puerta y, sin más contemplaciones ni mediar más palabras que una vez pronunciadas no podría recoger, colgué y, para no mentir porque a mí no me gusta mentir, fui a abrir la puerta y, ahí, es donde hizo su aparición la vecina con el asunto de la gotera de los flecos que, creo recordar, me dejé colgando por alguna parte.